La aportación del venerable Álvaro del Portillo a la nueva evangelización

Prof. Paloma Durán y Lalaguna[*]

Introducción

Me es grato aunque no es tarea fácil resumir en unas líneas las aportaciones de Monseñor Álvaro del Portillo a la nueva evangelización. Parece una cuestión casi obvia el impulso que Don Álvaro dio a la invitación de nueva evangelización ofrecida por el Papa Juan Pablo II. Por ello, me gustaría situar la propuesta de Don Álvaro en un contexto histórico concreto, en el que había muchas dificultades de no poca monta para asumir humanamente la posibilidad de evangelizar Europa y los países occidentales.

En este trabajo, me referiré en primer lugar, al entorno histórico en el que lleva a cabo sus decisiones de gobierno para promover la nueva evangelización, y extender la labor del Opus Dei y consecuentemente la labor de la Iglesia por todo el mundo. Con este objetivo, voy a tener en cuenta primero ese momento histórico en el que se plantea. En segundo lugar, mencionaré la situación de la Iglesia en el momento en que se lleva a cabo. Por último, con esas dos referencias, intentaré analizar la aportación de Don Álvaro.

[*] Catedrática Acreditada de Filosofía del Derecho. Universidad Complutense, Madrid (España).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

1. El contexto histórico

El Fundador del Opus Dei estuvo en la tierra hasta el 26 de junio de 1975. Unos meses después, concretamente el 15 de septiembre Don Álvaro del Portillo fue elegido como su primer sucesor al frente del Opus Dei. Y lo dirigió hasta el 23 de marzo de 1994. En esos casi 20 años, la situación internacional vivió cambios sustanciales y tanto en Europa como en Estados Unidos hubo momento especialmente significativos desde el punto de vista histórico[1].

En el caso europeo, además de la ampliación y reforma de la Unión Europea, en 1989 tuvo lugar la caída del muro de Berlín, que rompió la consolidación del marxismo y el posible debate sobre los modos de perpetuarlo, aunque esto no supuso automáticamente la recuperación europea[2].

La articulación de la denominada "perestroika" en la antigua Rusia, fue otro de los hitos a tener en cuenta, con las consecuencias no solo de distribución territorial sino de desarrollo de las democracias y por tanto de apertura política y económica, con la carga social, cultural y sociológica que ello lleva consigo. Las reformas políticas que derivaron de aquel proceso iniciaron el reclamo de reformas económicas y consecuentemente supusieron en la práctica la disolución de todos los argumentos en favor del comunismo. La falta de acceso a bienes básicos en sociedades que durante mucho tiempo asumieron la igualdad como principio prioritario de articulación social confirmaron por la vía de los hechos las contradicciones del sistema instaurado en muchos de los países del Este. No es posible, por obvias razones de espacio y tiempo, llevar a cabo un análisis del proceso vivido al finalizar la década de los 80, pero sería interesante situar la relación entre todos los países europeos, comparando las consecuencias de la denominada "revolución de terciopelo" en la República Checa, con las consecuencias de la caída del muro de Berlín y la consolidación del cambio en Rusia como resultado de la "perestroika" propuesta por Gorvachov.

En Estados Unidos, ese periodo no es menos importante. Reagan tuvo una función particular, junto a Margaret Thatcher en Reino Unido y aunque entre ambos hay diferencias, Johnson los ha calificado como personajes

[1] Cfr. C. Rice, *No higher honor. A memoir of my years in Washington*, Crown Publishers, New York 2011.

[2] Significativa en este sentido es la novela de S. Zweig, *Beware of pity*, que escrita años antes refleja algunas de las deficiencias de la sociedad europea. Cfr. la obra citada, NYRB, New York, 2006.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

con convicciones políticas basadas en la ética judeocristiana[3]. En ambos casos postulan políticas neoliberales, que han excedido el ámbito económico, y que junto a las ventajas en aquella época, han tenido también el riesgo de favorecer en algunos casos el consumismo. Pero el otro lado de la moneda de aquel momento fue la firma del tratado para la eliminación de los misiles nucleares, entre Reagan y Gorbachov; el bombardeo de la Libia de Gadafi o la declaración pública de la existencia del SIDA en 1981[4].

Reagan accedió a la presidencia de Estados Unidos el 20 de enero de 1981; y unos meses después, el 13 de mayo Juan Pablo II resultó gravemente herido en la Plaza de San Pedro. Fue el año siguiente a la creación del sindicato polaco Solidaridad, que protagonizó tantos cambios sustanciales en la sociedad polaca.

Los avances en el ámbito de la ciencia y la tecnología en aquellos años son importantes y en algunos casos, preocupantes. Entre muchos, pueden citarse los siguientes. Se comercializa el primer ordenador personal IBM; tiene lugar la primera videoconferencia; dos americanos, Brinster y Palmiter, obtienen ratones gigantes mediante manipulación genética; se pone en marcha el JET, un reactor europeo para el estudio de la fusión termonuclear controlada; nace el primer "bebe probeta" en Australia; se detecta el agujero en la capa de ozono de la Antártida; se implanta con éxito el primer corazón artificial; y sale a la venta la primera consola de sobremesa de la compañía Nintendo.

Fue una época llena de contradicciones desde todos los puntos de vista[5]. La ciencia y la tecnología consiguieron grandes avances, pero ninguno fue capaz de frenar los conflictos vigentes en todos los lugares del mundo; ni tampoco erradicar la pobreza especialmente en los países menos favorecidos. La defensa de los derechos humanos y su reconocimiento en los textos constitucionales supone un avance sin precedente. El avance de China en el ámbito económico y las consecuencias a medio y largo plazo para la sociedad occidental no son un reto menor[6].

[3] P. Johnson, *A history of the american people*, Harper , NY 1999, p. 919.

[4] Cfr. M. Thatcher, *The Autobiography,* Harper, New York, 2010.

[5] Sobre ello, en el caso americano, cfr. H. Sinn, *La otra historia de los Estados Unidos,* Siete cuentos, New York, 2011. La versión original en inglés, fue publicada por primera vez por el autor en 1995, con el título *A People's History of the United States: 1492 to present*.

[6] Cfr. H. Kissinger, *On China,* Penguin, USA 2012.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

La contrapartida a muchos de los avances señalados fue la falta progresiva de respeto a la dignidad de la persona, tanto en las situaciones de conflicto, como en la escalada de aprobaciones al aborto en muchos países y el desarrollo de la manipulación genética sin límites. Lo señalaba gráficamente el entonces Cardenal J. Ratzinger en la conferencia que pronunció en Subiaco, el 1 de abril de 2005: «Al crecimiento de nuestras posibilidades no corresponde un desarrollo paralelo de nuestra energía moral. La fuerza moral no ha crecido en paralelo al desarrollo de la ciencia, sino que más bien ha disminuido, porque la mentalidad técnica ha relegado la moral al ámbito subjetivo, mientras que lo que se necesita es precisamente una moral pública que sepa responder a las amenazas que pesan sobre la existencia de todos nosotros»[7].

Como en todo momento histórico, no deja de ser un reto encontrar respuesta a tantos interrogantes y dilemas respecto a lo que significa la persona y el sentido de la libertad humana, en una comunidad internacional occidental, con avances importantes en materia de bienestar y progreso, pero también con una progresiva secularización laicista, que en algunos casos propone afianzar el protagonismo exclusivamente humano y la marginación de Dios de la esfera pública. Y al tiempo, crece el liderazgo de la sociedad civil, asumiendo funciones y mandatos tradicionalmente atribuidos a las instituciones[8].

2. La situación en la Iglesia Católica

Resulta ambicioso pretender proponer en unas líneas la situación de la Iglesia, para ilustrar como se ha dicho el trabajo de Monseñor del Portillo.

Cuando Don Álvaro fue elegido al frente del Opus Dei, hacía solamente una década que el Concilio había terminado. El diagnóstico sobre la situación de la Iglesia no resultaba especialmente esperanzador. Basta revisar algunos de los temas incluidos en la entrevista realizada al entonces Joseph Ratzinger, recién nombrado Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la fe. Aque-

[7] La intervención integra puede encontrarse en la página web institucional del Vaticano; también ha sido recogida en la versión electrónica del libro *Fe y razón según Benedicto XVI,* que recoge las principales intervenciones de Benedicto XVI sobre ese dialogo.

[8] Sobre el tema, cfr. S. Reich, *The power of citizenship,* Benbella Books, Texas 2013.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

lla conversación con el periodista Vittorio Messori, publicada después como libro con el título *Informe sobre la fe*, confirma la situación a la que me refiero[9].

Además de la confusión existente, como consecuencia de las diferencias en la interpretación y aplicación de las disposiciones conciliares, la sociedad había avanzado de modo muy rápido. Había en aquel momento, muchas cuestiones que desde el punto de vista de la doctrina de la Iglesia resultaban al menos desconcertantes. No había dado tiempo a dar una respuesta a muchos de los interrogantes generados.

Uno de los ámbitos más claros en los que se confirma esta disfunción es el caso de la bioética. Los avances en la investigación habían saltado las barreras. Como se ha dicho en el epígrafe anterior, había seres humanos creados a través de reproducción artificial; los procesos de investigación se habían abierto para analizar las posibilidades de lo que luego se denominó "células madre", y un largo etcétera imposible de detallar. Los hechos citados planteaban dudas de carácter moral y sobre todo, reclamaban abiertamente argumentos desde el mensaje cristiano para dar respuestas contundentes. En algunos casos, había suficiente conocimiento científico para ver claras las fronteras; pero también había algunos de esos procesos de investigación respecto a los que parecía necesario seguir estudiando para encontrar respuestas claras. En otros casos, como por ejemplo es la respuesta a qué hacer con los embriones que se creaban en los procesos de reproducción asistida y no se utilizaban, ninguna de las posibles salidas parecía coherente con las enseñanzas de la doctrina de la Iglesia.

El caso de la bioética no era el único. Había otras cuestiones morales y doctrinales, a las que el entonces Joseph Ratzinger proponía dedicar estudio, investigación y creación de las respuestas teniendo en cuenta las necesidades de la sociedad del momento. Piénsese en la insistencia respecto a la posibilidad de que las mujeres recibieran el sacramento del Orden; el tratamiento pastoral para las personas homosexuales; en el incremento progresivo de divorcios, después de los cuales muchas personas empezaban nuevas relaciones y querían acercarse a la Iglesia; el aumento de relaciones sexuales antes del matrimonio y también en la adolescencia, brindando de nuevo interrogantes acerca de la moral sexual propuesta en la Iglesia; la necesidad de analizar las consecuencias de los movimientos sociales y muy especialmente el ecologista

[9] Cfr. J. Ratzinger – V. Messori, *Informe sobre la fe*, Biblioteca de Autores cristianos, Madrid 2005.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

y el feminismo, con las derivadas que supuso la ideología de género. No son pocas las cuestiones planteadas.

En los dos ámbitos, es decir, tanto dentro de la Iglesia, como en la sociedad, las aguas estaban muy revueltas. Y por tanto, la propuesta de la nueva Evangelización de Juan Pablo II no era una cuestión menor.

La entrada en vigor del nuevo Código de Derecho Canónico; los inicios de preparación del nuevo Catecismo de la Iglesia Católica; y la puesta en marcha de todas las decisiones conciliares también llevaron consigo desafíos doctrinales importantes.

Con todo ello, no quisiera ofrecer una fotografía oscura de la época que Don Álvaro vivió como Prelado del Opus Dei. Pero sí me parece que todo ello ilustra aún mejor el trabajo heroico que llevó a cabo, con un optimismo y un sentido sobrenatural propios de quien está muy cerca de Dios.

3. La aportación de Don Álvaro

Parece obvio que no es mi papel el de valorar o juzgar el trabajo de Mons. del Portillo en el proceso de la nueva evangelización. Trataré de tener en cuenta las propuestas de Don Álvaro en dos cartas escritas en un intervalo de diez años y que explican el trabajo realizado por él.

Como se ha dicho, el 15 de septiembre de 1975 fue elegido para dirigir el Opus Dei. Quince días más tarde fechó su primera carta pastoral y la segunda dirigida a todas las personas del Opus Dei, después de la que fechó tras el 26 de junio de 1975.

La carta de septiembre de 1975 está estructurada en siete apartados, que empiezan con una clara apuesta por continuar con las pautas propuestas por el Fundador del Opus Dei. Tendré en cuenta fundamentalmente los tres últimos capítulos, en los que después de señalar la importancia del momento histórico vivido con la marcha del Fundador, se detiene en la elección de su sucesor y en el futuro.

Junto a esta carta, me detendré en la que preparó en diciembre de 1985, específicamente sobre la nueva evangelización, secundando la llamada de Juan Pablo II en su intervención en Santiago de Compostela (España) en 1982 y posteriormente.

Como se ha señalado, la carta de septiembre de 1975 es una clara llamada a la fidelidad al espíritu del Opus Dei, transmitido por el Fundador. De ahí

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

que en los capítulos mencionados, que son los tres últimos de la carta, Mons. del Portillo reitere la necesidad de cuidar con esmero la herencia recibida, con una clara insistencia en la cercanía de Dios.

Sin embargo, esa cercanía no diluye ni margina el principal empeño por la cristianización de toda la sociedad que pasa por la cristianización de las personas. Y así se explica que en el n. 46 afirme textualmente: «Apostolado, proselitismo: celo por las almas porque, si no, no es verdad que haya entrega y amor de Dios. Y no olvidéis jamás la condición previa para realizar una siembra eficaz, verdadera, que nuestro Padre predicaba con su ejemplo y con su palabra: *esconderse y desaparecer*, ocultarse con humildad, con espíritu de sacrificio, con amor».

El objetivo forma parte de la responsabilidad que Mons. del Portillo asumió al ser elegido y que resume en el mismo texto, en el n. 49: «El propósito es firme: cuidar siempre de vosotros, con lealtad hasta que Dios quiera disponer de mí».

Como he intentado mostrar en los epígrafes anteriores, la carta se escribe en 1975, cuando los efectos del Concilio Vaticano II eran contrapuestos y cuando en muchos ámbitos reinaba una gran confusión. En ese entorno, la propuesta de mantener la riqueza del espíritu del Opus Dei como herencia recibida del Fundador pasa, no solo por las sugerencias de vida personal, sino por dos claros consejos de Mons. del Portillo.

El primero, la petición incesante por la Iglesia y por el Papa, a quien se refiere en el n. 62 en los siguientes términos: «Hijas e hijos míos, aumentemos nuestra veneración y cariño a quien hace las veces de Cristo aquí en la tierra, al Santo Padre, al actual y al que le suceda, que habrán de sufrir tanto para conducir la grey de Dios por buenos caminos y para ahuyentar a los falsos profetas, que son como lobos rapaces […] Trabajemos sin descanso en unión con todos los obispos que estén en plena comunión con la Santa Sede, para que el Reino de Dios se extienda y el Señor aparte de su Esposa Santa los males que le aquejan. Luchemos nosotros por responder un poco mejor cada día, que así lograremos prestar el mejor servicio a la Iglesia de Dios: el esfuerzo por ser santos».

El segundo, referido al culto divino, que concreta no solo en una medida ascética de cuidado de las ceremonias litúrgicas. Así lo manifiesta en el n. 65: «Yo tampoco –me siento urgido por el Padre– haré vejación del derecho que me confieren las leyes que la Iglesia ha dictado, en ejecución de la Constitución conciliar sobre la sagrada liturgia».

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

De este modo, la carta de septiembre de 1975 no establece unas líneas de trabajo pastoral en términos que podríamos decir "sistematizados". Más bien, la propuesta de evangelización en ese texto pasa por la fidelidad a la herencia recibida del Fundador, que necesariamente se ejercita en un amor incondicional a la Iglesia y al Romano Pontífice; y en una exquisita lealtad a lo que significa la llamada universal a la santidad en medio del mundo.

En términos diferentes habría que encuadrar la segunda de las cartas, fechada en diciembre de 1985.

En octubre de 1978, tras la muerte de Pablo VI y de Juan Pablo I, es elegido Juan Pablo II como Pontífice de la Iglesia Católica. Desde ese momento, en reiteradas ocasiones, el nuevo Papa, de origen eslavo, ha llamado a la re-cristianización de Occidente. Especialmente emblemático en este sentido es el discurso en el acto europeísta, celebrado en Santiago de Compostela (España) el martes, 9 de noviembre de 1982. Con ese acto concluía la primera visita de Juan Pablo II a España.

En aquella intervención, el Papa apelaba al continente europeo como «el que más ha contribuido al desarrollo del mundo, *sin silenciar* el estado de crisis en el que se encuentra». Y lanzaba una llamada explicita: «Yo, Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal, desde Santiago, te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: *Vuelve a encontrarte*. *Sé tú misma*. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes […]».

La intervención de Juan Pablo II no supuso un hecho aislado, sino un empeño reiterado por fomentar la re-cristianización del continente europeo y de toda la sociedad occidental. De hecho, así empieza la carta de diciembre de 1985, que Mons. del Portillo escribe haciéndose eco de la preocupación del Papa: «En repetidas ocasiones, Juan Pablo II ha levantado su voz urgiendo a una nueva evangelización de las naciones de Europa occidental y de otras regiones, en cuya vida se manifiestan tantos síntomas de vejez espiritual, de mentalidad esclerótica e incluso de muerte. Con esta carta, hijas e hijos míos que vivís y trabajáis en esos lugares, quisiera poner en vuestras almas la urgencia de hacer más, de llegar a más gente, de contribuir a una nueva implantación del Evangelio en estas tierras, que han dado a la Iglesia tantos santos, en el transcurso de los siglos».

Después Don Álvaro se refiere a la petición expresa de Juan Pablo II para que «en nuestra labor apostólica nos ocupemos con especial urgencia de los

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

países de la vieja Europa. Así se expresó el Santo Padre y por el contexto de sus palabras, yo interpreté que también incluía a naciones como Estados Unidos y Canadá, en las que se verifica el mismo fenómeno».

La principal razón que alegaba Don Álvaro era precisamente *sentir en todo con la Iglesia* y por ello afirma en la carta de 1985, en el n. 3: «hemos de hacer muy nuestros estos desvelos y preocupaciones del Papa; hemos de secundar con gozo sus directrices; y hemos de trabajar con más intensidad en los campos que –como Pastor supremo de la Iglesia– el Romano Pontífice señala a los cristianos».

No deja de ser especialmente significativo que en la carta de 1975, la preocupación por secundar al Papa llevara a Don Álvaro a plantear una cuestión tan concreta como la liturgia; y que diez años más tarde, secunde al Romano Pontífice con una apuesta explícita por la nueva evangelización en los países occidentales. De ese modo, la propuesta resulta claramente vinculada a las necesidades de la Iglesia y a las preocupaciones del Papa, reiterando así la herencia del Fundador, que Don Álvaro recuerda en el mismo n. 3 de la carta: «basta que el Papa indique algo, aunque sólo sea con la mirada, para que sus hijos en el Opus Dei lo pongamos en práctica con alegría».

Y lejos de proponer una especie de "consigna" colectiva, Don Álvaro apela –como hizo en 1975– a los talentos que cada uno ha recibido: «ninguno ha de descuidar el negociar con esas cualidades que Dios le ha dado».

El lenguaje utilizado por Don Álvaro reitera dos ámbitos importantes en el mensaje del Fundador. El primero, que el Opus Dei "quiere servir a la Iglesia como la Iglesia quiere ser servida", subrayando la existencia de la Prelatura como "una *partecica* de la Iglesia" y vinculando la herencia que el Fundador recibió de Dios a esta confirmación de ser hijos leales de la Iglesia.

El segundo es la responsabilidad individual. En ningún momento la carta de diciembre de 1985 propone una relación de acciones colectivas o de propuestas para desarrollar en términos de grupo o de institución. Más bien, en una línea diferente, Don Álvaro parafrasea a Juan Pablo II, recordando que *se necesitan nuevos santos.* Y a ello añade dos claras afirmaciones:

– en el n. 7 de la carta afirma: «Llevaremos a cabo esta labor viviendo fidelísimamente nuestro espíritu –contemplativo y apostólico– en medio de cada una de las ocupaciones diarias, que hemos de realizar con toda la perfección humana de que seamos capaces. Esta es y será la gran medicina que necesita la sociedad secularizada, en la que parece no haber sitio para Dios». Por

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

tanto, la propuesta no remite a soluciones colectivas sino a la responsabilidad de vivir el espíritu del Opus Dei, buscando la santidad en medio del mundo, en las ocupaciones ordinarias.

– en el n. 9, reitera: «recordar siempre, a toda hora que lo verdaderamente importante es tratar las almas una a una, para acercarlas a Dios: nuestro apostolado de amistad y confidencia. Esto es lo eficaz, lo que Dios quiere para nosotros, lo que el Señor nos pide».

Por tanto, podría decirse que la evangelización propuesta por Don Álvaro pasa necesariamente por la responsabilidad personal para vivir la batalla por la santidad en medio del mundo, llegando a cada persona en el trato individual. Y para subrayar aún más este modo de actuar, en el n. 9 señala nuevamente: «La receta es la de siempre, hijas e hijos míos: más vida interior!, más apostolado personal! Pero que nadie lo tome como algo sabido: hace falta más –mucha más– vibración apostólica, más dedicación a las almas, más ocasiones de trato».

Esta aproximación, que confirma el amor apasionado por la libertad personal, llevó también a Don Álvaro a impulsar el inicio de la labor apostólica del Opus Dei en países y regiones en las que humanamente no parecía factible en ese momento ningún trabajo de re-cristianización.

Quizás el ejemplo más gráfico fue el inicio del trabajo en los países nórdicos, que motivó a Mons. del Portillo a cambiar los planes de expansión en Asia, tras una sugerencia de Juan Pablo II, preocupado por los países del continente europeo.

Por tanto, la aportación de Don Álvaro a la nueva cristianización, propuesta sobre todo por Juan Pablo II presenta una doble dimensión.

Por una parte, remite fundamentalmente a la libertad personal, que requiere mayor generosidad para invertir tiempo y esfuerzo en la aventura señalada para secundar la solicitud del Romano Pontífice. Lo confirma en el n. 6 de la carta de 1985, al proponer explícitamente: «Incrementad, pues, hijas e hijos míos, vuestra unión con el Señor, que es la única garantía de éxito en la labor apostólica». Completando en el n.8 la convicción de que los medios sobrenaturales van unidos a los medios humanos. El ejercicio de la libertad reclama la necesidad de la cercanía de Dios, de la mano de iniciativas en cada ámbito de la vida social. Pero todo ello situado en un contexto clarísimo, que es el de seguir las sugerencias de Juan Pablo II. No se trata por tanto de una iniciativa exclusiva del Opus Dei. Don Álvaro secunda la solicitud del Papa,

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

con la convicción de que el Opus Dei está exclusivamente para servir a la Iglesia y al Vicario de Cristo en la tierra.

Por otra parte, la decisión de empezar a trabajar en países que aparentemente por su lejanía de la religión y de la fe, no eran en aquel momento el terreno más idóneo para sembrar. Ni por la situación de la comunidad internacional, ni por el momento que vivía la Iglesia, parecía lo más lógico desde el punto de vista humano. Pero Don Álvaro optó por secundar al Papa y por abrir el surco en los países del continente europeo y del norte de América. Y además propuso llevar a cabo ese trabajo con dos premisas importantes.

La primera, el optimismo, propio de los cristianos y del mensaje evangélico, como ha recordado recientemente el Papa Francisco en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*. En la carta de 1985, Don Álvaro se apoya en el optimismo cristiano, siendo muy consciente de la situación en los países occidentales: «No os oculto que la tarea que nos aguarda es difícil, aunque insisto, fascinadora desde el punto de vista sobrenatural y humano» (n. 5). Pero al mismo tiempo reforzando el atractivo también humano de vivir las gestas de los primeros cristianos. Y en este sentido, en el mismo n. 5, señala: «¿No os atrae la certeza de ser protagonistas –porque Dios lo quiere– de una segunda evangelización de Europa y de esas dos naciones del norte de América, con la hondura y capilaridad con que la llevaron a cabo nuestros primeros hermanos en la fe y los que marcharon tras sus pasos? Es preciso renovar las gestas de Pedro y Pablo, de Santiago, de Patricio y Agustín, de Servacio, Wilibrordo y Bonifacio, de Cirilo y Metodio: de todos los evangelizadores que a lo largo de los siglos, han surcado los caminos del viejo Continente».

La segunda, lejos de hacer planteamientos o propuestas alejados de la realidad, Don Álvaro señala la necesidad de impregnar de espíritu cristiano todas las realidades, asumiendo que aún en medio de la dificultad, siempre hay aspectos positivos en los que la siembra puede ser muy eficaz. Y así sugiere en el n. 8: «Aprovechad los aspectos positivos que se descubren en algunos ambientes –inconformismo, sed de espiritualidad, preocupación por los países menos desarrollados, etc.–, para procurar informarlos del espíritu cristiano. La misma aspiración a la paz y a la unidad, bastante difundida en algunos países de Europa, ha de considerarse en esta tarea, haciendo ver –decía el Papa en uno de sus discursos– que "la identidad europea es incomprensible sin el Cristianismo y que precisamente en él se hallan esas raíces comunes, de las que ha madurado la civilización del continente, su cultura, su dinamismo,

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

su actividad, su capacidad de expansión constructiva a los demás continentes; en una palabra, todo lo que constituye su gloria"».

Resulta especialmente significativa esta falsilla, que define el ejemplo de Don Álvaro no solamente en su empeño por secundar la solicitud del Papa, y hacerlo proponiendo la fidelidad al espíritu y mensaje del Opus Dei, sino con los emblemas propios de una magnanimidad excepcional, que utiliza el optimismo como premisa, pero que es también consciente de la tarea apasionante y el horizonte atractivo que supone revivir las gestas de los primeros cristianos, con unas condiciones de sociedad avanzada a la que hay que rescatar e impregnar de espíritu cristiano. La recristianización propuesta y vivida por Don Álvaro pasa por vivir en el mundo, con las circunstancias propias de cada momento histórico, impregnándolas de mensaje evangélico, con la santidad personal y con el trato con cada persona. El reto es un desafío que Don Álvaro confía a los medios sobrenaturales y humanos que dictan la libertad individual y la propia generosidad.

Durante los años 1975/1994, estas ambiciones sobrenaturales se llevaron a la práctica con creces. Acudió a 42 países[10], en los que inició sus encuentros, visitando al Obispo y en su caso al Nuncio del lugar. Citando al Obispo de Abancay (Perú) , «Era amable y exigente a la vez; hablaba con franqueza y claridad de las cuestiones en las que la doctrina cristiana chocaba con una visión relativista o materialista: búsqueda de la verdad, respeto a la vida, fidelidad matrimonial, generosidad ante la llegada de nuevos hijos, justicia social, amor a la castidad, formación doctrinal desde la infancia, importancia de la confesión sacramental, amor a la Santa Misa y cuidado de la liturgia… Pero siempre se expresaba con sentido positivo y con garbo»[11].

Desde 1976, el año posterior a la marcha de San Josemaría, Don Álvaro hizo innumerables viajes, que se repitieron de modo incansable en Europa. Según J. Medina[12], en 1978 viajó a Suiza, España, Austria, Alemania, Bélgica, Holanda y Francia; en 1979 a Austria, Alemania y Suiza y por primera vez a Polonia; en 1980, añadió Gran Bretaña e Irlanda; entre 1982 y 1985 incluyó en sus periplos a los países escandinavos y Estados Unidos; en 1986, visitó

[10] J. Medina Bayo, *Álvaro del Portillo, un hombre fiel*, Rialp, Madrid 2012, p. 584.
[11] *Ibidem*, p. 586.
[12] *Ibidem*, p. 588 ss.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Austria, Dinamarca, Suiza, Suecia, Holanda, Bélgica, Francia, Suiza, Portugal, Milán (Italia); y en 1987 llevó a cabo un viaje intenso a Asia y Oceanía.

El viaje a América en 1983, con parada previa en México, Colombia y Guatemala fue uno de los más largos, de 45 días de duración en los que Don Álvaro realizó más de ciento cincuenta intervenciones pastorales. Después de otro viaje en 1987 en el que llegó a Australia, Filipinas, Hong Kong, Corea y Japón, uno de los más emblemáticos, por su extensión y fatiga, fue sin duda el viaje a Estados Unidos en enero-febrero de 1988. En una de sus paradas iniciales, en California afirmaba lo siguiente: «*Regnare Christum volumus*! Padre, Hijo y Espíritu Santo, queremos que el reino de Cristo en la tierra sea una realidad; y para lograr esta reevangelización del mundo, te pedimos que bendigas especialmente la labor del Opus Dei en California. Que salgan de aquí muchas almas enamoradas de ti, capaces de pegar el fuego divino de tu amor a muchas otras en todo el mundo»[13]. Nuevamente Don Álvaro apela a la cercanía de Dios y a la amistad personal como elementos esenciales de la recristianización, que reiteró también en Canadá en aquel mismo viaje.

La necesidad de re-cristianizar la sociedad y de llegar a todas las personas sin ninguna excepción queda confirmada por una de las propuestas que recoge en su carta de diciembre de 1985. Al apelar a los países que constituyen la denominada sociedad occidental, no omite la necesidad del trabajo apostólico en otros países. Al finalizar la carta, Don Álvaro señalaba lo siguiente: «Para los que vivís en naciones que tantos bienes espirituales –la evangelización, la fe católica, la semilla de la Obra…– han recibido a través de países europeos o americanos del norte, colaborar en esta gran labor apostólica será además un modo estupendo de demostrar vuestro agradecimiento a quienes, en épocas aún recientes, os han transmitido estas riquezas sobrenaturales» (n. 11). Este propósito fue el motivo por el que en 1989 viajó en cuatro etapas a África, visitando Kenia, Congo, Camerún, Costa de Marfil y Nigeria. En todos esos países reiteró la necesidad de la labor apostólica para devolverle el mundo a Jesucristo. Y casi al final de estos viajes, concretamente en Nigeria afirmó: «Acercaos cada día más a Dios, buscad otras almas para allegarlas al Señor. Esto es el apostolado. El Señor quiere que todas las personas de este mundo se salven y vayan al Cielo y para eso, en su bondad infinita ha querido contar

[13] Medina Bayo, *Álvaro del Portillo, un hombre fiel*, p. 602.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

con nosotros para que le ayudemos a salvar almas; o sea que todos debemos ser apóstoles de Cristo»[14].

Por la vía de los hechos, Don Álvaro "fue por delante" mostrando el camino de la recristianización, con un evidente esfuerzo físico para una persona que rozaba los 70 años y que había tenido una actividad inagotable desde su incorporación al Opus Dei. La certeza de estar apoyando al Romano Pontífice y a la Iglesia hizo que no pusiera límites a esa tarea de re-cristianizar la sociedad, que le llevó por toda Europa, por Estados Unidos y América. No deja de resultar significativo que su mensaje en todos estos viajes reitere la necesidad de la cercanía de Dios y un apostolado personal basado en la amistad y la confidencia, para llevar a mucha gente a Dios.

Este modo de actividad pastoral, supone haber secundado las necesidades de la Iglesia y del Papa y queda perfectamente alineado con el discurso del Papa Francisco. Quisiera, para concluir, mencionar dos elementos que el Papa Francisco incluye en su exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* y de los que especialísimamente Don Álvaro ha sido un ejemplo.

El primero, al referirse a la necesidad de la conversión para mejorar la sociedad y la Iglesia y se refiere a las Iglesias particulares, recuerda la necesidad de «salida constante hacia las periferias, procurando estar siempre allí donde hace más falta la luz y la vida del Resucitado» (n. 30).

El segundo, incluido en la exhortación, en un epígrafe que apela al corazón del Evangelio, en el que el Papa afirma literalmente: «Cuando se asume un objetivo pastoral y un estilo misionero, que realmente llegue a todos sin excepciones ni exclusiones, el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario. La propuesta se simplifica, sin perder por ello profundidad y verdad, y así se vuelve más contundente y radiante» (n. 34).

El modo sencillo y sereno de Don Álvaro puede presentar a veces su aventura evangelizadora como algo ordinario; ciertamente lo es. Pero no puede omitirse el hecho de que Don Álvaro llevó a cabo ese trabajo concentrándose en lo esencial, que fue vivir fielmente el espíritu del Opus Dei, es decir, hacer divinos todos los caminos de la tierra, secundando con absoluta lealtad al Romano Pontífice y a la Iglesia.

[14] MEDINA BAYO, *Álvaro del Portillo, un hombre fiel*, p. 613.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Don Álvaro del Portillo y la crisis religiosa y moral de Europa

Prof. Antonio Argandoña[*]

Introducción

En la Navidad de 1985 Monseñor Álvaro del Portillo envió una Carta pastoral a los fieles del Opus Dei sobre la nueva evangelización de los países de la vieja Europa, Estados Unidos y Canadá, un empeño que figuraba entre las prioridades del Papa Juan Pablo II[1]. Los destinatarios inmediatos de esta carta fueron los fieles del Opus Dei en esos países[2], aunque la dirigió también a los del resto del mundo, porque lo que ocurre en Europa «tiene una indudable repercusión en el resto del mundo»[3], y porque todos están unidos por la Comunión de los Santos[4].

[*] *IESE Business School*, Universidad de Navarra.

[1] Cfr. Á. del Portillo, *Carta pastoral*, 25 de diciembre de 1985, nn. 1 y 2 (ii, nn. 373-374). A lo largo de los años en que estuvo al frente del Opus Dei, Don Álvaro escribió cerca de 150 cartas colectivas a los fieles de la Prelatura, como parte de su tarea de dirección espiritual y doctrinal. Citamos las cartas por su fecha y el número marginal, si lo tiene. Tomamos el texto de las cartas de Á. del Portillo, *Cartas de familia*, Roma 1989, vol. I; 1991, vol. II y 1994, vol. III, citando entre paréntesis, el volumen y el número marginal en el mismo.

[2] Cfr. del Portillo, 25 de diciembre de 1985, n. 2 (ii, n. 374).

[3] Del Portillo, 25 de diciembre de 1985, n. 4 (ii, n. 376).

[4] Cfr. del Portillo, 25 de diciembre de 1985, n. 11 (ii, n. 383).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei